

sentir bien pronto la dureza del César y Barrabás, que habían preferido á Jesús.

Como el tumulto y la agitación sostenida por los fariseos y gentes de letras se iba aumentando, Pilatos, al fin, se decidió, no sin dar antes un testimonio de la inocencia de Jesús, y al mismo tiempo de su propio crimen. Hizo que le llevasen agua, y lavándose las manos delante del pueblo, le dijo: «Yo soy inocente de la sangre de este justo, y vosotros seréis responsables de ella.» Todos gritaron: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» Y en el mismo instante Pilatos les entregó y abandonó á Jesús para que hiciesen de Él lo que quisieran.

En Belén se veía el nacimiento de nuevas virtudes, y aquí brotan nuevos crímenes y tipos repugnantes de odio á la justicia y de desprecio á la verdad. ¡Qué raza engendrarán un Judas, un Caifás, un Herodes, un populacho ciego, un Barrabás! ¡Cuántas veces la unión de traidores y de apóstatas se pondrá de acuerdo para reproducir la viva imagen é indigna figura de Pilatos, cuyo fallo absuelve á Jesús y cuya debilidad le crucifica!

EL CALVARIO

El hombre se complace en hacer sufrir al hombre, y cuando el impío tiene autoridad sobre el justo, pocas veces suele contentarse con condenarle á muerte. Después que Pilatos hubo

pronunciado su sentencia, los soldados comenzaron de nuevo la escena de la coronación de espinas, y Jesús se vió por segunda vez expuesto á sus golpes y á sus insultos. Seguidamente le quitaron el manto de púrpura y le volvieron á poner sus vestidos, sacándole así fuera de la ciudad, á un lugar nombrado el Calvario, que en hebreo se llama Gólgotha. Existe una antigua tradición que enseña haber sido enterrado en aquel mismo sitio Adán, el primer pecador; pero lo que es cierto y está fuera de toda duda es que aquel lugar era el destinado para las ejecuciones, pues Calvario significa *lugar de los decapitados*.

Un escritor moderno, que ha ido sembrando su impiedad por la tierra santa, dice que no hay que formarse ni representarse el Calvario tal como le pinta la poesía cristiana, porque él no ha visto ni encontrado allí más que un mezquino lugar. Bien puede asegurarse que así el Calvario como la cruz son lugares y cosas ignominiosas para los enemigos de Jesús. No hubo injuria alguna que no estuviese en el sacrificio á que se sometió el Salvador para rescatar el género humano; pero nada pudo encontrar tan infame el Hijo de Dios en el Calvario que pudiera compararse con la infamia é ingratitude de los hombres.

El Calvario, como queda dicho, era el lugar para ejecutar las penas capitales, y San Juan Crisóstomo da sobre eso una razón que los incrédulos ignoran y olvidan los apóstatas y renegados. El Señor, dice ese Santo Doctor, no quiso sufrir en el Templo, ni bajo techo alguno, á fin de que no se creyese que

había muerto solamente por el pueblo judío; padeció y murió fuera de la ciudad, al otro lado de las murallas de la misma, para que se conozca y se sepa que su sacrificio es por todos los hombres, que su oblación es para toda la tierra y la redención adquirida es para todo el género humano.

Al salir Jesús del pretorio llevaba ya su cruz, porque en esa forma eran conducidos los sentenciados al suplicio doloroso que en ella soportaban. Jesús era en ese acto la realización de la figura del inocente Abel, llevado por su hermano á un sitio para matarle; realizaba la figura de Isaac, cargado de la leña que había de servir para su sacrificio; realizaba la figura de José y de su túnica teñida en sangre, y, finalmente, en ese mismo acto cumplía también Jesús una de las profecías, concerniente á la gloria del Mesías, la cual decía: «Él llevará sobre sus espaldas la señal de su poder.» Existe además otra profecía referente á su ignominia, que decía: «Será colocado en la condición de los malvados.» Y efectivamente esa predicción se cumplió, porque juntamente con Jesús fueron conducidos dos criminales para sufrir la misma pena; y en ese estado tan depresivo y humillante atravesó Nuestro Redentor las calles de Jerusalén.

Temiendo los soldados que espirase antes de llegar al Calvario, detuvieron á las puertas de la ciudad un hombre, y le requirieron á que ayudase á llevar la cruz del suplicio, según se acostumbraba á hacer entre los romanos. Ese hombre, llamado Simón, era natural de Cirene, pequeña villa de la Libia, en el

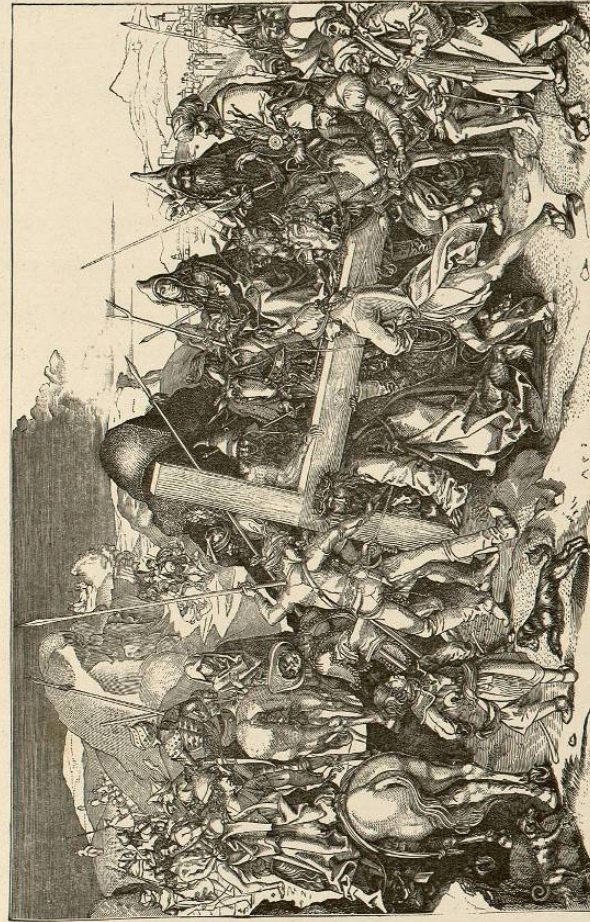


Lámina 59.—El acto de llevar la cruz.—Grabado de Martín Schoen, que data del siglo XV.—Jesús va precedido de un judío que le tira de una cuerda atada á la cintura. Otro le golpea por detrás. En esta tumultuosa escena resaltan todos los malos instintos. No se ve ningún sentimiento humano en esta multitud de hombres rabiosos y esclavos del César.

África, padre de dos discípulos de Jesús. El nombre de Simón significa *obediente*; la palabra Cirene significa *heredero*; figura del pueblo gentil, antes extranjero y después heredero por su obediencia, por la cual tuvo la dicha de reemplazar al judío, que se hizo indigno por su obstinación para llevar la gloriosa carga de la cruz.

Seguía á Jesús una multitud inmensa de personas, las unas en silencio y otras dando gritos; y también había entre ellas mujeres que lloraban, hacia las cuales se volvió Jesús y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos! Llegarán días en que se dirá: ¡Bienaventuradas las estériles! ¡Dichosas las entrañas que no han dado á luz y los pechos que no han amamantado!»

Después de haber llegado Jesús al Calvario, le presentaron un vino mezclado de mirra y de hiel, que se acostumbraba dar á los condenados para adormecerles, y Jesús lo gustó; pero no quiso beberlo, porque gustándolo y experimentando en el paladar su amargura, obedecía y expiaba las intemperancias de los hombres y cumplía las profecías, y rehusando el beber alejaba el alivio y consuelo artificial de una especie de borrachera, con lo cual demostró que conocía perfectamente la amargura del pecado, puesto que sufrió la pena que le era debida, pero que jamás hubo bebido el veneno.

Los soldados le desnudaron; y mientras que Adán, pecador y vencido, se vistió, el Salvador inocente permite ser despojado

de sus vestiduras para vencer; y revestido del hermoso esplendor de su santidad y candor, se puso sobre la cruz; y tal y tan inocente como habitó Adán en el Paraíso, lo mismo y con la misma inocencia y santidad entrará también Jesús en el Paraíso celeste, dejando sobre la tierra los vestigios de su mortalidad.

Los judíos entonces le crucificaron, y con Él crucificaron también los dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda; así lo refiere el evangelista San Lucas. Jesús, puesto en la



Lámina 100.—La Inscripción de la cruz, que se conserva en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén, en Roma, tal como ha sido restaurada por M. Rohault de Fleury (*Instrumentos de la Pasión*, año 1870, un tomo en 4.^o). En una tabla de madera barnizada de blanco hay, de derecha á izquierda, tres inscripciones en tinta encarnada, una en latín, otra en griego y otra en hebreo, las cuales significan: «Jesús de Nazaret, Rey de los judíos.»

cruz, decía á su eterno Padre: «Padre mío, perdónales, porque no saben lo que se hacen.» Y esta lección de perdonar al enemigo explica el por qué los fieles de Jesucristo pudieron reprimir todo acento y expresión de cólera contra los verdugos que crucificaban al divino Maestro.

Sola una circunstancia estorbaba el triunfo y alegría del Sanhedrín, y era la orden dada por Pilatos para que se colocase por encima de la cabeza de Jesús crucificado esta inscripción

que decía : « Jesús Nazareno, Rey de los judíos. » La cual, por estar en tres lenguas, latina, griega y hebrea, podía ser leída y entendida de mucha gente. En esa inscripción encontraban los pontífices una injuria para su nación, y por eso reclamaron contra ella á Pilatos, pidiéndole que mandase poner, en vez de *Rey de los judíos*, esta otra frase : *Que se llama Él mismo Rey de los judíos*; pero Pilatos no les escuchó ni atendió, y, según todas las apariencias, creía él que Jesús era Hijo de David, y, por lo tanto, verdaderamente Rey de los judíos, como le había él denominado siempre durante el proceso, por cuya razón, importunado nuevamente por los judíos, les respondió duramente: « Lo que he escrito, escrito está. » Rasgo de firmeza que le hubiera valido más tenerle antes para no condenar al inocente por temor al César. La respuesta de Pilatos equivalía á un decreto oficial para atestiguar la dignidad real de Jesús, pues en virtud de ella se fijó en el punto más alto de la cruz la inscripción en lengua hebrea, porque esta era la lengua del pueblo de Dios; en lengua griega, porque era la de los doctos y filósofos; y en lengua latina, porque era la del imperio romano, que dominaba casi todo el mundo; y además, en esa inscripción había un llamamiento á los griegos, inventores de las artes, á los judíos, herederos de las promesas mesiánicas, y á los romanos, dueños de la tierra (1).

Los Evangelistas han observado otra circunstancia, en la

(1) Bossuet.

que se puede conocer la gran misericordia divina, que quiso multiplicar las profecías y cumplirlas hasta en los detalles más insignificantes para alentarnos en la fe. Después de la crucifixión de Jesús, los soldados cogieron sus vestidos y los dividieron en cuatro partes, una para cada uno de ellos; pero al llegar á la túnica, que no tenía costura, la adjudicaron por medio de la suerte, todo lo cual había sido ya predicho por el Profeta con estas palabras : *Se repartieron entre ellos sus vestidos, y han echado mi túnica á la suerte*. Judíos y paganos, jueces, doctores, poderosos, pueblo y plebe, agentes y soldados, y todos los que insultaron, hirieron y entregaron á Jesús, y todos los que le cubrieron de salivas y le condenaron á muerte, todos, sin excepción alguna, han sido esclarecidos y alumbrados con tantos milagros, tantas gracias, tantas luces, que no pudieron negar ni dejar de ver los resplandores y la hermosura de la divinidad de Jesús, ni tampoco pudieron descargar sobre Él un golpe sin rasgar un pedazo del velo en que habitaba; y cuanto más encarnizadamente rompían y despedazaban la carne del hombre, más descubrían y veían á Dios.

Otras muchas profecías se presentaban como en germen en el Calvario para tener su cumplimiento más tarde. La Pasión de Jesucristo debía dar el tipo y modelo de los sufrimientos triunfantes de su Iglesia, siempre victoriosa de la rugiente ola de la burla y de la irrisión. Cuatro soldados quedaron de centinelas al pié de la cruz; y eran más que los que hacían falta para ale-

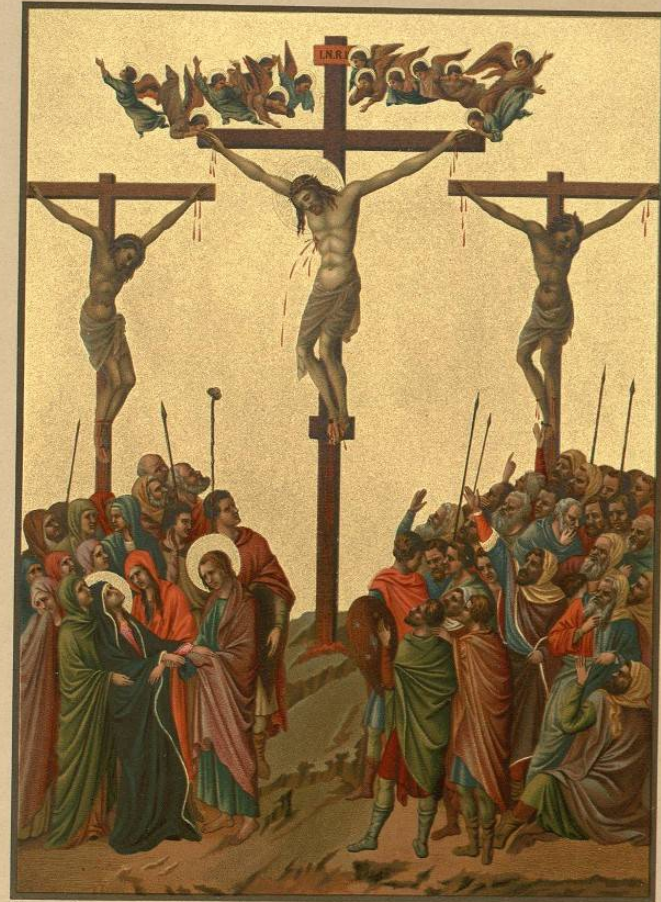
jar de allí el número de amigos de Jesús que hubieran podido tener intención de desclavar la víctima ó de dulcificar en algo su dolor. Los enemigos, por otra parte, gozaban de completa libertad para todo, y viendo á Jesús en la cruz, pasaban delante de Él moviendo la cabeza para insultarle; y dando gritos, le decían: «¡Eh! ¡Salvador, tú que destruyes el Templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate á ti mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de esa cruz!» Satanás en el desierto le había dicho también: «¡Si tú eres Hijo de Dios, arrójate abajo!» Resultando de la comparación de ambos apóstrofes, á cual más injuriosos, que hay una gran semejanza entre los sentimientos y la voz del padre, que es el demonio, y los de los hijos, que son todos los que por instigación suya ejecutaron el deicidio. La plebe también se burlaba de Jesús, y lo mismo hacían los principales de la nación, y no cesaban de decir: «¡Él ha salvado á otros (no se piense más en la verdad de sus milagros), y no puede salvarse á sí mismo! ¡Que se arroje de la cruz y creeremos en Él! ¡Él tiene confianza en Dios; y si Dios le ama, que le libre!» Siguiendo este pésimo ejemplo, le insultaban también á su vez los soldados, repitiendo incesantemente los despropósitos de todos los incrédulos: «Si tú eres Dios, decían, y si tú eres rey, pruébanoslo; haznos un milagro; sálvate si puedes, líbrate de nuestras manos.» Y así á este tenor le cubrían de ultrajes. Hasta los ladrones crucificados á su lado, que parece debieran tener compasión de Él, se unieron con los blasfemos.



JESÚS CRUCIFICADO ENTRE DOS LADRONES

Los buenos están separados de los malos, como lo serán en el Juicio Final. A la derecha del Salvador los que le son fieles; á la izquierda los que le insultan. Los malos completan sus dolores. Pintura sobre madera de Duccio, en la catedral de Siena. Siglo XIV.

jar de allí el número de amigos de Jesús que hubieran podido tener intención de desclavar la víctima ó de dulcificar en algo su dolor. Los enemigos, por otra parte, gozaban de completa libertad para todo, y viendo á Jesús en la cruz, pasaban delante de Él moviendo la cabeza para insultarle; y dando gritos, le decían: «Eh! ¡Salvador, tú que destruyes el Templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate á ti mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de esa cruz!» Satanás en el desierto le había dicho también: «¡Si tú eres Hijo de Dios, arrójate abajol» Resultando de la comparación de ambos apóstrofes, á cual más injuriosos, que hay una gran semejanza entre los sentimientos y la voz del padre, que es el demonio, y los de los hijos, que son todos los que por instigación suya ejecutaron el deicidio. La gente también se burlaba de Jesús, y lo mismo hacían los principales de la nación, y no cesaban de decir: «¡Él ha salvado á otros (no se piense más en la verdad de sus milagros), y no puede salvarse á sí mismo! ¡Que se arroje de la cruz y creeremos en Él! ¡Él tiene confianza en Dios; y si Dios le ama, que le libre!» Siguiendo este pésimo ejemplo, le insultaban también á su vez los soldados, repitiendo incesantemente los despropósitos de todos los incrédulos: «Si tú eres Dios, decían, y si tú eres rey, pruébanoslo; haznos un milagro; sálvate si puedes, líbrate de nuestras manos.» Y así á este tenor le cubrían de ultrajes. Hasta los ladrones crucificados á su lado, que parece debieran tener compasión de Él, se unieron con los blasfemos.



JESÚS CRUCIFICADO ENTRE DOS LADRONES

Los buenos están separados de los malos, como lo serán en el Juicio Final. A la derecha del Salvador los que son fieles; á la izquierda los que le insultan. Unos ángeles compadecen sus dolores. Pintura sobre madera de Duccio, en la catedral de Sienna. Siglo XIV.

Plugo á Dios ultrajado el que allí mismo viese el mundo el ejemplo de la confesión más perfecta y de la oración escuchada y acogida con mayor misericordia. Uno de los ladrones, cambiando de sentimientos y de lenguaje, dijo al otro : «¿No temes tú á Dios? Por lo que toca á nosotros, con justicia somos castigados y recibimos lo que nuestras obras merecen; pero este no ha hecho ningún mal.» Y dirigiéndose á Jesús, le dice : «Señor, cuando Vos estéis en vuestro reino, acordaos de mí.» Ahí resaltan la humildad, la fe profunda, la esperanza firme y todo lo que Dios exige del pecador; y Aquel que había venido á buscar las ovejas perdidas de la casa de Israel, y que había dicho: «El que no se avergüence de mí delante de los hombres, yo no me avergonzaré de él delante de mi Padre,» Aquel, Jesús, el Unigénito de Dios, respondió al ladron : «En verdad, hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.»

Al pié de la cruz, y en medio de una multitud indiferente y aún furiosa, se veía un pequeño, pero precioso é interesante grupo de cuatro personas, que recogía las miradas de Jesús y consolaba su afligido corazón. María, su Madre santísima, le había seguido hasta allí, y oía los gritos, los insultos, las risas, y veía correr la sangre preciosa que brotaba del cuerpo de su amantísimo Hijo. Permanecía de pié junto á la cruz, y á su lado estaban María, su hermana, mujer de Cleofás y madre de los dos que se llamaban hermanos del Señor (primos en nuestro idioma); después María Magdalena, la pecadora, y Juan, que era el

único de los discípulos que había tenido valor para acompañar á su Maestro. Pedro no estaba allí, y no puede creerse que estuviese alejado por el temor, después que había salido llorando y arrepentido del patio de la casa de Caifás, ni tampoco que le faltase el amor hacia Jesús. Quizá se encontrase un poco más separado de la cruz, entre la multitud, donde había también otras santas mujeres, ó quizá estuviese cumpliendo este mandato de Nuestro Señor: «Luégo que te hayas convertido, confirma á tus hermanos,» y se hallase reuniendo á los Apóstoles, que se habían dispersado, y fortificándoles en la fe; porque si su ausencia del Calvario fuera verdadero motivo de acusación, es muy verosímil que se hubiera sabido y consignado por el Evangelista San Marcos.

De cualquiera manera que sea, es lo cierto que Nuestro Señor, al ver á su Madre, y cerca de ella al discípulo que Él tanto amaba, la dijo: «Mujer, ve ahí á tu hijo.» Y en seguida dijo á Juan: «Ve ahí á tu madre.» Juan representaba allí los hijos de la Iglesia, y en virtud de este testamento de la cruz, María quedó constituida por Madre de todos los fieles, y por ahí se ve que el Cristianismo fué enriquecido por su divino Fundador con abundantes consuelos y con inagotables misericordias.

Nada faltaba ya á Jesús ni tenía más que hacer para consumar la obra de redención que el morir, y con ese fin se pone en riguroso silencio, y el sol se oscurece; y aunque no había llegado la noche, el horizonte se llenó de tinieblas, que princi-

piaron un momento después de la crucifixión y duraron hasta que Jesús exhaló el último suspiro; todo lo cual era una manifestación del sentimiento y estupor que sentía la naturaleza ante los ultrajes inferidos á su soberano Autor, era el signo y el milagro que pedían los judíos, los cuales vieron el prodigio sin conocerle ni comprenderle, así como marchaban y se preparaban sin comprenderlo á ser testigos de la señal de Jonás.

Se había llegado á la hora nona, que, según nuestro modo de contar y apreciar el tiempo, era á las tres de la tarde. Luégo que Adán pecó, oyó la voz de Dios en el jardín, á la hora en que, después de medio día, se levantaba la brisa en aquel delicioso lugar, y en ese mismo momento se le anunció que sería convertido en polvo de la tierra del que había sido formado. Á la misma hora del día, el nuevo Adán (Jesús), reparador de todo lo que había caído en el primer pecado del hombre, rompiendo el silencio en que estaba, pronuncia con voz fuerte esta exclamación desde el árbol de la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?» Estas son las primeras palabras del Salmo XXI, en que se profetiza la Pasión y se describen las principales circunstancias de ella como si se estuvieran viendo cumplir y realizarse. Jesús vino á cumplirlas, y al mismo tiempo, sintiendo como hombre la desolación interior, reveló la más oculta y la más amarga de sus penas.

Para que en todo se cumpliera la Escritura, dijo todavía Nuestro Señor: «Tengo sed.» Con cuya palabra guarda mucha

semejanza la que dijo á la samaritana; y en ambos casos, la sed que sentía Jesús hasta causarle tormento era la que le devoraba por la salvación de las almas; y á la vez que es una expresión del divino amor, en este segundo caso sirve también de señal de dolor y sufrimiento físico. Había allí una copa llena de vinagre, y uno de los asistentes empapó una esponja en ella, la ató á una caña y la acercó á los augustos labios del Redentor, el cual gustó este líquido tan repugnante, y en ese punto se realizó lo que ya había anunciado el Profeta : «En mi sed, me han dado á beber vinagre.» Como todas las condiciones y propiedades para un verdadero sacrificio estaban ya cumplidas, Jesús pronunció estas últimas palabras : «Todo está consumado.» Y seguidamente, elevando fuertemente su voz, añadió : «¡Padre mío, en tus manos pongo mi espíritu!» É inclinando su cabeza, espiró.

Jesús pasó por la muerte, acreditando al mismo tiempo que era señor y árbitro de ella; y la libertad é inteligencia de que gozó en la cruz, la realización y cumplimiento de todas las circunstancias anunciadas por los Profetas, la fuerza de voz que conservaba después de un suplicio tan largo y tan doloroso, la serenidad y tranquilidad sobrehumanas con que soportó las burlas é irrisiones de sus enemigos, todo demostraba la plena libertad de Aquel que había dicho : «Tengo poder de dejar la vida, y le tengo para volver á tomarla.» Otras muchas señales revelaron además la gloria de Dios hecho hombre, cuales fue-

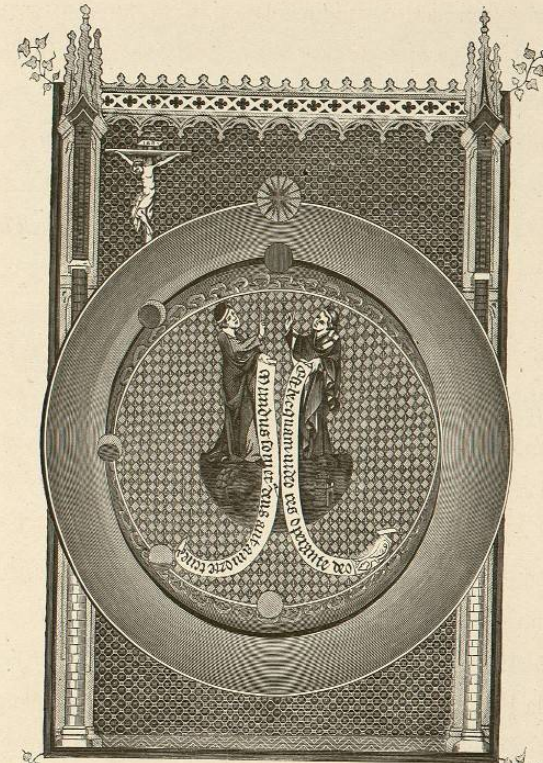


Lámina 101.—San Dionisio Areopagita, en un viaje que hizo á Egipto en compañía de Apolofanes, presenció en la ciudad de Heliópolis el eclipse de sol que hubo á la misma hora en que espiró Nuestro Señor; se llenó de admiración, y dijo con este motivo : «O el mundo va á perecer, ó Dios mismo está en peligro de muerte, porque este acontecimiento es la obra de Dios. La manera con que las diferentes lunas aparecen en esta miniatura iluminadas por el sol sirve para explicar las fases del eclipse. Bajo los pies de los testigos de él, está figurada la ciudad de Heliópolis.—Trabajo ejecutado conforme á un manuscrito francés, núm. 2.090, que se conserva en la Biblioteca nacional, y data del siglo XIV.

ron el velo del Templo que se rasgó, los sepulcros que se abrieron y los muertos que resucitaron, además de muchas almas